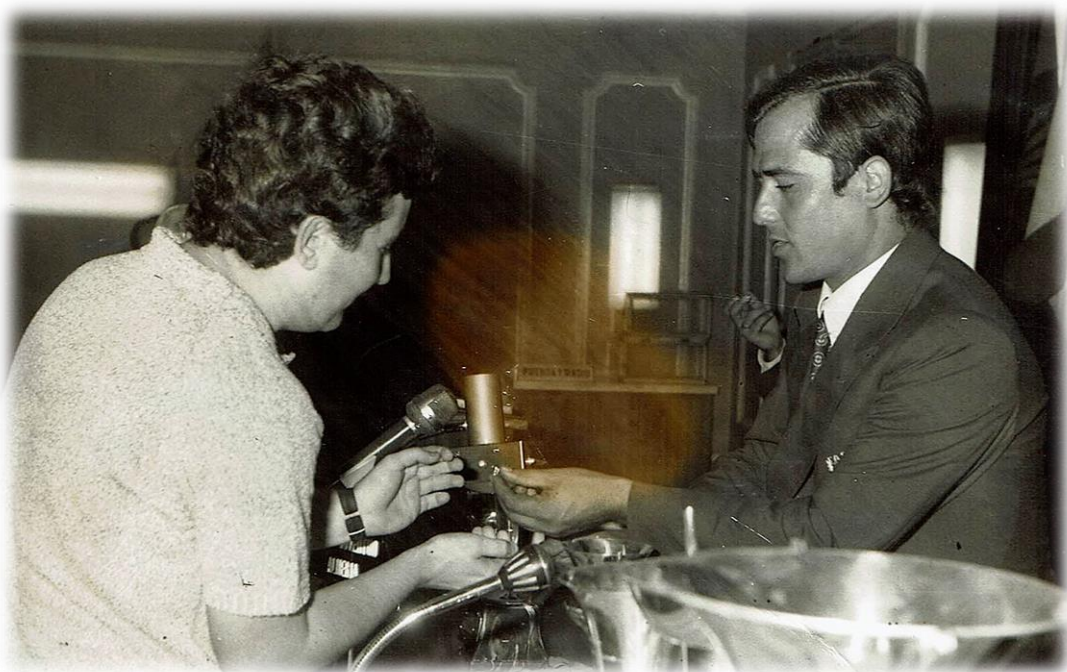


JOMARO

Por Manuel León

Con la cabeza entre una montaña de papeles y sobres, en una oficina silenciosa del edificio Concordia, a solo un tiro de piedra del fragor de Puerta Purchena. Así recuerdo a Román, desde la primera vez que lo vi, cuando aún no había ordenadores en la Asociación de la prensa y sí *Olivettis* legendarias de los tiempos del *Ideal*. La memoria traiciona, pero esa es la estampa que recuerdo del primer José Manuel, con la piel más juvenil, pero con el mismo bigote mexicano y con el mismo timbre seco de garganta. Yo había llegado en *el Alsina*, aún no tenía carné y menos coche, pero había empezado a estudiar periodismo en Madrid y quería saber qué era aquello de la Asociación de la Prensa, que sonaba un poco turbador, la verdad. Imaginé, mientras iba subiendo las escaleras, que allí me iba a encontrar una especie de club de ejecutivos con tirantes, bebiendo whisky e insultándose entre ellos. Pero no. Lo que me encontré fue a un tipo concentrado en su trabajo, pegando sellos, y a su lado otro señor con voz de locutor que miraba por encima de sus gafas de miope, al que todos, supe después, llamaban Belda. Eso era todo: ni colas en los pasillos, ni aguerridos reporteros, ni policías de paisano vigilando las inmediaciones.

Lo que sí recuerdo con precisión numismática es que eché un entrañable



rato de charla, entre el humo de tabaco negro, con aquel señor que se asemejaba a un oficinista del Instituto Nacional de Previsión. Me preguntó -¿y tú a qué te quieres dedicar? -A radiar partidos de fútbol – le respondí yo. –Ya apostilló él. Y ese “ya” me sonó tan inquietante que no supe más qué decir. Después me preguntó de dónde venía y se puso a nombrarme gente de mi pueblo y de los pueblos vecinos. Su lengua entonces ya no había quien la parara y empezó a enumerar de memoria a todos los corresponsales de cada sitio de la provincia. Después seguí visitando la Asociación que era como decir “Voy a ver a Román” y me di de alta en el Registro.



Era y es un buen conversador, José Manuel, con una gran memoria, como rama del fértil tronco que fue su padre. En la vieja redacción de La Voz de Almería llegó a coincidir con los antiguos: gente como Falces, Martimar Caparrós, Domínguez, Soriano o Alberti, con los que celebraba aquellos días de fiesta denominados *Ante Portan Latinam*. Y con los nuevos que vinieron después como Pepillo Martínez, Antonio Torres o Higinio Cuadrado. Por eso ha conocido y conoce como nadie esta corporación de profesionales que es la

Asociación de la Prensa de Almería, de la que ha sido su cuerpo y su alma durante tres décadas.

Pero –los que conocen bien su corazón lo saben- detrás de ese trabajo burocrático, al que se fue adaptando como secretario de la Asociación, siempre ha latido el periodista con mayúsculas Román, el amanuense que, con devoción franciscana, editaba los resultados de los partidos de los fines de semana, las crónicas, los goleadores y toda la información del fútbol modesto que llenaba de felicidad las mañanas de los martes de los pueblos de la provincia. En esos días felices de su ‘infancia’, como los de Machado en Sevilla, él no era entonces Román, sino Jómara: aquel jovencillo, hijo de Manolo, que firmaba las crónicas en *La Voz de Almería* o en *La Hoja del Lunes* con ese pseudónimo esdrújulo y pinturero que tan familiar resultaba a los chiquillos que seguíamos las clasificaciones humildes de Primera y Segunda Regional. Lo que escribía Jómara, sin conocerlo entonces, ya sabíamos que era mano de santo. Jómara no se podía equivocar en el juicio de un colegiado, en las estrellas que le ponía a la actuación de un jugador o en el orden de la tabla clasificatoria. Jómara, para cualquier niño aficionado al fútbol de la provincia, era infalible. Como lo ha sido durante décadas llevando las riendas de su querida Asociación de la Prensa de Almería.